



MARISCAL SALDANHA.

rarse cuál será el resultado de esta lucha que mira Europa con indiferencia, y en realidad con asombro y con miedo; de cualquier modo, sus consecuencias han de ser muy trascendentales.

Por nuestra parte, mucho deseáramos que la Francia recuperase su grandeza, y viese en las causas que han dado la victoria á sus vencedores un elocuente ejemplo que seguir.

Aprovechando la caída del imperio, el rey de Italia ha terminado la obra de la unidad de este reino, empleando la razón de la fuerza para arrebatarse la ciudad de Roma, y con ella el poder temporal al Sumo Pontífice.

Debemos reproducir como documento curioso la carta de Víctor Manuel á Pio IX anunciándole su resolución, y la contestación del Padre Santo; hé aquí estos documentos:

CARTA DE VÍCTOR MANUEL Á PIO IX.

«Beatísimo Padre:

Con afecto de hijo, con fé de católico, con lealtad de rey, con espíritu de italiano, me dirijo de nuevo, como lo he hecho ya otras veces, al corazón de Vuestra Santidad.

Una peligrosa tormenta amenaza á Europa. Aprovechándose de la guerra que está asolando el centro del continente, el partido revolucionario cosmopolita cobra bríos y audacia, y prepara, especialmente en Italia y en las provincias gobernadas por Vuestra Santidad, sus últimos ataques á la monarquía y al pontificado.

Ya sé, Beatísimo Padre, que la grandeza de vuestro ánimo estaría siempre á la altura de los grandes acontecimientos que ocurriesen; pero siendo como soy católico y rey italiano, y en calidad de tal custodio y garante, por disposición de la Divina Providencia y por la voluntad de la nación, del destino de todos los italianos, siento el deber de tomar, á la faz de Europa y del catolicismo, la responsabilidad de la conservación del orden de la Península y de la seguridad de la Santa Sede.

Pues bien, Beatísimo Padre; el estado de los ánimos en los pueblos gobernados por Vuestra Santidad, y la permanencia en ellos de tropas extranjeras venidas con distintos fines de diferentes países, son un foco de agitación

y de peligros que nadie desconoce. La casualidad ó la efervescencia de las pasiones pueden conducir á violencias y á una efusión de sangre que en mi deber y en el vuestro, Padre Santo, está el evitar de todos modos.

Yo veo la indeclinable necesidad para seguridad de Italia y de la Santa Sede que mis tropas, acantonadas ya en las fronteras, se internen á fin de ocupar las posiciones indispensables para la seguridad de Vuestra Santidad y el mantenimiento del orden.

Vuestra Santidad no ha de ver en esta precaución un acto hostil. Mi gobierno y mis fuerzas se limitarán absolutamente á ejercer una acción conservadora y tutelar de los derechos fácilmente conciliables de las poblaciones romanas con la inviolabilidad del Sumo Pontífice y su autoridad espiritual y con la independencia de la Santa Sede.

Si Vuestra Santidad, como no lo dudo, y como su sagrado carácter y la benignidad de su corazón me dan derecho á esperarlo, se halla inspirado de un deseo igual al mío de evitar todo conflicto y el peligro de un acto de violencia, podrá tomar con el conde Ponza de San Martino, que entregará á Vuestra Santidad esta carta, y que tiene las instrucciones oportunas de mi gobierno, los acuerdos que se crean más conducentes para conseguir el objeto apetecido.

Su Santidad me permitirá esperar además que en los momentos actuales, tan solemnes para Italia como para la Iglesia y el pontificado, aumentará la intensidad del espíritu de benevolencia, que nunca podrá extinguirse en vuestro pecho hacia este país, que es vuestra patria, y los sentimientos de conciliación que me he esforzado siempre con incansable perseverancia á traducir en actos; á fin de que, satisfaciendo las aspiraciones nacionales, la cabeza del catolicismo, rodeado del afecto de los pueblos italianos, conserve en las márgenes del Tíber una Sede gloriosa é independiente de toda soberanía humana.

Vuestra Santidad, librando de tropas extranjeras á Roma, y sacándola del continuo peligro de ser campo de batalla de los partidos subversivos, habrá dado cima á una maravillosa obra,

restituido la paz á la Iglesia y demostrado á la Europa, asustada de los horrores de la guerra, que pueden ganarse grandes batallas y alcanzarse triun-

fos inmortales con un acto de justicia y con una sola palabra de afecto. Ruego á Vuestra Beatitud que se digne dispensarme su bendicion apos-

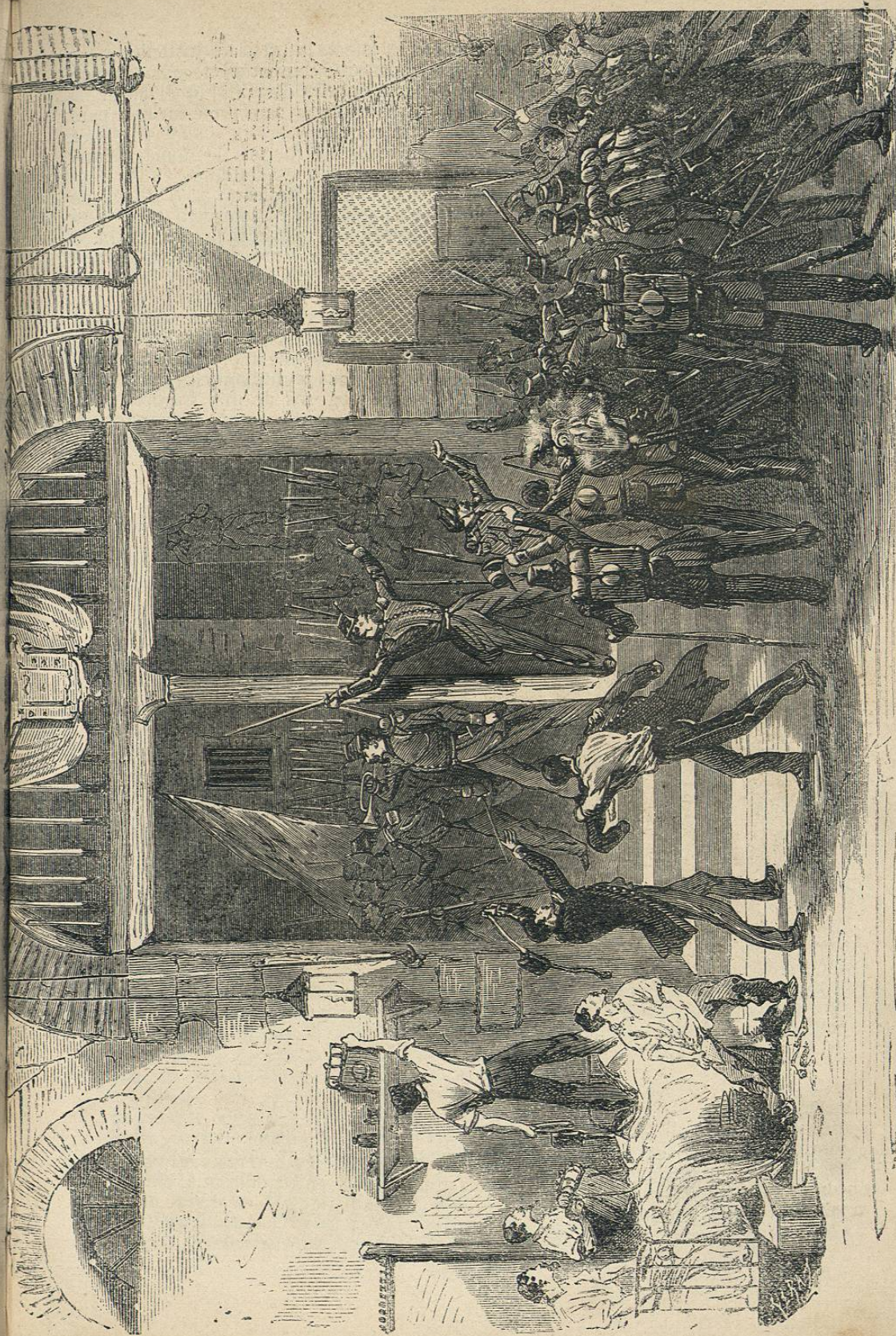


D. PEDRO DE PORTUGAL.

tólica, y reitero á Vuestra Santidad los sentimientos de mi profundo respeto. Florencia 8 de Setiembre de 1870. De Vuestra Santidad muy humilde, obediente y afectuoso hijo, VÍCTOR MANUEL.»

CONTESTACION DEL PAPA AL REY VÍCTOR MANUEL.

«Majestad: El conde Ponza di San Martino me ha entregado una carta que V. M. ha tenido á bien dirigirme:



PRONUNCIAMIENTO EN LISBOA.

ro es digna de un hijo afectuoso que tiene á gloria profesar la fé católica y se honra con la lealtad real. No entro en los detalles de la carta misma por no renovar el dolor que su primera lectura me ha causado. Yo bendigo á Dios que ha permitido que V. M. colme de amargura el último período de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias expresadas en vuestra carta, ni asociarme á los principios que contiene. Invoco de nuevo á Dios y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda á V. M. gracias abundantes, le libre de todo peligro, y tenga con vos la misericordia que os es necesaria.

En el Vaticano, el 11 de Setiembre de 1870.—PIO, PAPA IX.»

El jefe de la Iglesia no permitió á sus tropas que combatesen como querían hasta morir, despues de rechazar la invasion, más para protestar que para otra cosa; apareció la bandera blanca en todos los fuertes de Roma; triunfante el ejército italiano, el Papa se encerró en el Vaticano y de allí no ha salido todavía, ni se espera que salga hasta que, calmada la efervescencia que reina en Europa, puedan las naciones católicas examinar y juzgar la conducta de Víctor Manuel.

Sería interminable este artículo si reasumiéramos en él todos los acontecimientos de este año. Hemos apuntado los más culminantes, y ponemos punto, seguros de que Europa va á asistir de aquí á un año á los sucesos más trascendentales del siglo XIX.

ALMANAQUE RECREATIVO.

LOS DOS ARRIEROS.

CUENTOS DEL CASERÍO.

(Traducido del vascuence alavés.)

Hace algunas semanas, cuando todavía estaban todas las laderas de las peñas de Echagüen cubiertas de nieve, llegamos una tarde, ya cerca del anochecer, á uno de los caseríos de Aréjola, despues de haber entretenido gran parte del día en correr por aquellas asperezas persiguiendo á las liebres. Un frío extremado se dejaba sentir; la luna, asomando por entre las lejanas nieblas que se alzaban hácia Uncilla, empezaba á iluminar el valle. Para aficionadós á cuadros melancólicos, el paisaje que se extendía hácia nosotros era digno de especial estudio; su contemplacion hubiera inspirado á más de un poeta quejumbroso una balada nocturna, de esas que nos trasportan con su lectura á los sombríos horizontes de Scandiviana; pero de seguro, al concluir su obra, hubiérase encontrado el bardo sorprendido por una pulmonía de grueso calibre, colada de rondon insensiblemente en su cuerpo mientras tramaba sus inspiradas endechas.

Entre los aullidos de los perros y saludos de los *guizones*, y alumbrados por un antiquísimo candil, entramos en una de esas patriarcales viviendas en las que lejos del mundo moran en tanta paz y concordia las familias vascongadas. Se nos dieron asientos en el ahumado escaño de la cocina, donde entre colosales troncos de leña que chisporroteaban, hervían grandes pucheros, ostentándose sobre el penacho

de llamas que salían del hogar una enorme caldera, en la que estaban cocándose algunos cientos de castañas. Fumaban los viejos y algunas *achues* también en sus negruzcas pipas.

Hablando, hablando, pasaron algunos ratos, y al fin la abuela de la casa, que tenía dos nietecitos en el alda y otros dos apoyados en el respaldo de su silla, no sé por qué incidencia, refiriéndose á la práctica de las buenas obras, dijo alzando la voz:

—Silencio, señores, que voy á contar un cuento á mis nietos.

Y como el cariño y el respeto á los ancianos raya en lo bíblico en estas tristes montañas, todos los que oímos la advertencia cerramos los labios, hicimos un gran corro en torno de la abuela, y ésta, apagando su pipa, guardóla cuidadosamente en la faltriquera, y fué tramando así su relacion:

—«Había antiguamente, en tiempos de las brujas, dos arrieros que toda su vida habían caminado en mútua compañía y solían traer vino de la Rioja para los pueblos de Vizcaya: un día en que caminaban por los senderos del valle tropezaron con un pobre medio ciego y medio cojo, que, echado en la orilla del camino, pedía limosna por el amor de Dios á los pasajeros. Al verle dijo José Martin, el más viejo de ellos:

—Voy á darle una moneda y un pedazo de pan.

—Pues yo no me bajo del macho por ese pobre, dijo Miguel Anton, que era el otro. ¿Qué tenemos que ver con él?

—Es bueno dar limosna, Miguel, añadió su compañero.

—Pues yo creo que no se adelanta nada, y por eso en mi vida la he dado.

—Haz como gustes; pero yo te apues-